Domingo 23 de noviembre de 1997
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 18,33b-37

El que es de la verdad escucha mi voz

Con la solemnidad de Jesucristo Rey del universo concluye el año litúrgico. Así esta celebración, que exalta a Cristo como Señor del espacio y del tiempo, es una recapitulación de todo el misterio cristiano que durante el año hemos contemplado y celebrado, en sus distintos aspectos: Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, tiempo ordinario y solemnidades especiales. Esta solemnidad adquiere mayor relieve a conclusión de este año 1997, que habiendo sido el primero del trienio de preparación al Jubileo del año 2000, ha sido dedicado a Jesucristo. En este día, como punto culminante del año, contemplamos a Jesucristo en su condición de Rey de reyes, y Señor de señores.

Pero el Evangelio que se ha elegido para esta solemnidad es desconcertante. En efecto, nos presenta a Jesús en una situación extremadamente opuesta a la de un rey. El Evangelio de hoy no nos presenta a Jesús obrando un milagro, ni resucitando a un muerto, ni nutriendo a la multitud, ni caminando sobre el agua, ni calmando la tormenta; el Evangelio de hoy nos presenta a Jesús como un acusado ante el tribunal de Pilato. Y no está sometido siquiera al emperador romano, sino a un oscuro gobernador que nadie recordaría si no hubiera tenido la suerte de haber sido nombrado en el Evangelio y hasta en el Credo de la fe cristiana, pero ¡en qué papel! Hasta el fin del mundo los cristianos dirán de su Señor: "Padeció bajo el poder de Poncio Pilato".

Entremos en el contenido del diálogo entre ambos. Pilato pregunta a Jesús: "¿Eres tú el Rey de los judíos?". Considerando la situación, se diría que esta pregunta es una especie de "tomadura de pelo". ¿Es que no ve que Jesús está solo y que los judíos piden a gritos que sea condenado a muerte? ¿Cuándo se ha visto un rey en una situación tan humillada? ¿Qué quiere decir Pilato con esta pregunta? Es lo que Jesús quiere saber. Por eso, antes de responder, él pregunta: "¿Dices eso por tu cuenta o es que otros te lo han dicho de mí?". Si fuera cosa de Pilato, querría decir que Pilato ve más allá de las apariencias. Pero no; Pilato no es capaz de tanto. Sólo se hace eco de las calumnias con que los sumos sacerdotes han acusado a Jesús. Conscientes del desmesurado celo de Roma por su poder dictatorial, los judíos habían acusado a Jesús de disputar el poder al imperio. Es eso lo que gritan cuando Pilato se inclinaba a soltarlo: "Si sueltas a ése no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César" (Jn 19,12). Pilato entonces explica el origen de su pregunta: "Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?".

Aquí Pilato dice la verdad. Habría que deternerse en la enormidad de esta declaración. Jesús fue rechazado por su

pueblo y por las autoridades religiosas de Israel. Nadie estaba con él. A él se aplican las palabras del Salmo: "Busco consoladores y no encuentro ninguno" (Sal 69,21). Pero no renuncia a declarar, incluso en esta situación, la verdad acerca de su identidad: "Mi Reino no es de este mundo... mi Reino no es de aquí". Pilato no puede creer lo que está oyendo e incrédulo pregunta: "¿Luego, tú eres Rey?". Debemos agradecerle que hiciera esta pregunta y se interesara en escuchar la respuesta de Jesús, que es magnífica: "Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz".

Tal vez ningún episodio evangélico nos enseña tanto sobre la verdad. La verdad es el camino que conduce al ser humano a su felicidad eterna, hacia esa situación de total plenitud que todos los hombres y mujeres, sin excepción, anhelan. Pero esa verdad se identifica con Jesús, que había definido su identidad así: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí". Es lo mismo que dice ante Pilato: "Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad, escucha mi voz". Pero no eran muchos los que escuchaban su voz: Jesús estaba allí solo y rechazado por su pueblo. No eran muchos "los que son de la verdad". Este episodio de la condena de Jesús por parte de su pueblo nos revela que la verdad, aunque es el único camino de salvación del ser humano, suele ser rechazada por la mayoría.

En nuestro país se da en este momento una situación igual a la de Jesús ante Pilato; se da respecto a la unión matrimonial. Según la enseñanza de Jesús, la unión del hombre y la mujer es "la verdad" en un solo caso: cuando es una e indisoluble; según la expresión de Jesús, cuando "los dos se hacen una sola carne, de manera que ya no son dos, sino una sola carne" (Mc 10,8). Los que son de la verdad son los que escuchan esta voz, aunque sean pocos, aunque sea uno solo. El Evangelio de hoy nos demuestra que el número no es un argumento de la verdad y que la mayoría puede condenar a muerte a la Verdad misma.

La Arquidiócesis de Concepción reconoce a Cristo como Rey y quiere estar con él, escuchando su voz sobre la naturaleza del matrimonio. Por eso ha iniciado una campaña de recolección de firmas para expresar su desacuerdo con el proyecto de Ley de Matrimonio Civil que ha sido aprobada en primer trámite en la Cámara de Diputados. Según ese proyecto la única unión posible entre el hombre y la mujer es una unión disoluble. Pero, según la enseñanza de Cristo, esa unión no corresponde a la verdad; tal unión recibe el nombre de "fornicación". No importa ser pocos; lo que importa es ser de la verdad y estar con Cristo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción